

Matarraña

Mi nombre es Pelamius, resido en Valderrobres y soy monje. De la historia que voy a referir a continuación no puedo decir si es cierta o falsa, soy ya muy mayor y con frecuencia mi conciencia me engaña. Desde hace casi setenta años no salgo de este monasterio, en el que sólo me permito uno de los placeres de los hombres: en las tarde de invierno, cuando el tibio sol templaba la vega del Río Matarraña, paso al castillo anexo a nuestra morada, subo a su última planta y desde ahí arriba –quien conozca esta villa sabe que no exagero- miro hacia el sur contemplando una de las vistas más bellas que El Señor ha puesto ante nuestros ojos. Ojos ya cansados tras tantos años dedicados a la lectura y al estudio. A veces el sueño me vence proporcionando cierta tregua a este dolorido cuerpo.

Lo que ahora voy a contar ocurrió, no sé si dentro de lo que todos llamamos realidad o sólo en uno de esos momentos en los que el Sol caldea mi cuerpo y mi cerebro viaja un poco más allá de esa realidad.

Escribiendo esto no busco revelar nada secreto u oculto, lo hago por si a alguien pudiera interesarle. No me importa si ocurrió de verdad o fue fruto de mi imaginación. Ya lo averiguaré cuando llegue el momento.

La única premisa que el lector ha de conocer sobre mi es que a lo largo de los años he tenido a mi cargo la biblioteca del monasterio, que he leído muchos de sus libros, de los más variados temas, y que si mi razón pudiera estar trastornada no es a causa suya.

Esta es la historia que deseo contaros: una tarde de febrero dejaba yo que el Sol sedase mis viejos huesos a él expuestos en el castillo cuando de pronto me vi envuelto por una especie de nube, me sentí flotar. Me creí muerto y de camino al Paraíso prometido. La sensación era muy agradable, estaba pensando cómo reaccionaría al ver a San Pedro a la entrada del Cielo cuando lo primero que vi fue un ángel. Sin duda me conocía y cuando me dijo su nombre lo reconocí.

Me habló así: *“Bienvenido seas, Pelanius. Me llamo Gabriel. Mi misión es acompañarte en este tu último viaje, aquí somos conocedores de tu valía y tus méritos para pasar la eternidad cerca de Nuestro Señor. Cuál va a ser esa proximidad depende de ti; de tu inteligencia y de unas pruebas que has de superar, cada una te acercará más a Él”*.

Sin darme tiempo a reaccionar, prosiguió: *“Esta es la primera, Allí delante puedes ver tres ángeles que custodian una puerta, uno de ellos contestará siempre la verdad a tus preguntas, otro te dará siempre respuestas falsas y otro, aleatoriamente, unas veces dice verdad y otras, falsedad. Mediante tres preguntas que sólo admitan por respuesta “sí” o “no” has de identificar a cada uno de ellos. Tus preguntas no necesariamente deben ir dirigidas una a cada unos. Si lo consigues, se abrirá para ti la puerta, si no, pasarás aquí la eternidad, como hacen tantos. Yo te espero al otro lado y te llevaré a la siguiente prueba, ya ves que confío en ti. Te deseo suerte.”*

El ángel se esfumó, caminé hacia los ángeles recordando haber leído algo similar. Había dos ángeles, uno siempre contestaba la verdad y el otro respondía a lo que se le preguntaba mintiendo. Con una sola pregunta se les podía identificar, bastaría preguntar a uno “El otro ángel, ¿diría que tú siempre dices la verdad?”, la identidad correcta es la contraria de la respuesta dada. Como yo tenía tres posibilidades de preguntar lo consideré una ventaja, pero pensando me di cuenta que realmente iba a necesitar las tres. Cuando me acerqué los ángeles se colocaron uno junto a otro, pregunté al primero lo que tenía pensado, cuando hube obtenido su respuesta todo fue más fácil. Efectivamente, mi ángel me esperaba detrás de la puerta.

Asintiendo me dijo: *“Has superado una prueba verdaderamente difícil. La siguiente es mucho más sencilla.”*

Avanzamos un poco hasta la siguiente puerta, junto a ella había una mesa con unas piedras de la forma y el tamaño de las cerezas, cada una estaba separada de las demás y por su disposición puede contarlas: cinco de ellas eran azules, ocho verdes y trece rojas. El ángel Gabriel continuó hablando: *“Estas piedras te parecerán verdaderamente singulares, pues tienen una extraña –a tus ojos- propiedad, observa”* y sin decir más, cogió con una mano una piedra azul y con la otra una roja. Las puso en contacto, y cuando se tocaron ambas cambiaron su color a verde.

Añadió: *“Si juntas dos de distinto color, ambas adquieren el tercer color, aquel del que no es ni una ni otra. Si juntas dos del mismo color no habrá cambio”*

Al decir esto, separó las piedras que mantenía unidas, ambas mantuvieron el color verde. *“Para superar esta puerta has de conseguir que todas las piedras sean del mismo color. Yo te espero detrás”*.

Nuevamente se desvaneció. No puede evitar reaccionar como un niño, tomé una verde y una azul, las uní y obtuve dos rojas. Luego uní tres a la vez, una de cada color y no hubo cambio. Tampoco al unir tres, dos del mismo color y una de otro. En ese momento tenía delante tres piedras azules, nueve verdes y catorce rojas. Era muy curioso, seguí jugando con ellas hasta deducir un método de conseguir lo que se me había propuesto. La puerta se abrió, allí me esperaba mi guía rumbo a una tercera prueba.

“Sigamos avanzando hacia el final. Mira este puente, en realidad es una nube. Según tú camines por él, el puente se irá haciendo más largo. Inicialmente mide cien troles (el trole es la unidad de longitud que utilizamos aquí). Tu paso es de un trole. A cada paso que tú des para cruzarlo, el puente –recuerda que es una nube- se alargará cien troles más, eso sí, de modo homogéneo en toda su longitud, es decir, se “estira” todo el puente, tanto por delante como por detrás de ti. Recuerda que el tiempo aquí no corre. Tú verás si decides cruzarlo.”

Cuando acabó de hablar miré hacia delante los cien troles que me separaban del otro extremo. Me puse a caminar, movido tanto por mi fe como por los conocimientos adquiridos en mis lecturas sobre el infinito. Tras el primer paso el puente medía doscientos troles, dos detrás de mi y ciento noventa y ocho por delante. Di mi segundo paso, el extremo de enfrente estaba cada vez más lejos, sin embargo seguí caminando. Iban a ser muchos pasos, pero sabía que llegaría a cruzarlo.

Aunque el lector no lo crea, superé la prueba, incluso calculé los pasos que iba a necesitar y no me confundí en ello, fueron muchos, pero como me recordó el ángel Gabriel, en el Cielo el tiempo no transcurre. Cuando alcancé la puerta ésta se abrió, al

otro lado estaba mi mentor junto a una balanza y un manojito de llaves, con una sonrisa me dijo: *“Mira, Pelanius, sólo una de estas doce llaves abre la puerta que te dará acceso a la siguiente prueba. La cerradura sólo admite un intento de ser abierta. Si no aciertas, tu ascenso hacia Nuestro Señor acabará aquí. Puedo decirte que la llave que necesitas tiene un peso ligeramente distinto a las demás, que pesan igual. Tus manos no conseguirán detectar esa pequeña diferencia, por eso puedes ayudarte de esta balanza. Pero ten cuidado, tras la tercera pesada que hagas, se desvanecerá en el aire. Tómame tu tiempo, yo te espero al otro lado”*.

Sopesé las llaves con mis manos y, efectivamente, no aprecié cual pesaba distinto, si al menos me hubiera dicho si el peso de la correcta era mayor o menor que el resto... No disponer de esa información me pareció una desventaja. De todos modos tuve confianza en que el problema podría resolverse. Pensando un poco lo conseguí, cuando se abrió la puerta me sorprendió coincidir con otras cuatro personas en mi misma situación. Supuse que ellas también estaban acompañadas por su ángel, aunque yo sólo veía al mío. De pronto se materializó ante nosotros un hombre, tal vez un ángel, no lo sé. Era bastante mayor, nos habló con voz solemne: *“Esta es la penúltima prueba, será la misma para todos. Dentro de un rato os vendaremos los ojos y os pondremos a cada uno un sombrero, puede ser blanco o azul. Cuando os quitemos la venda cada uno podrá ver los sombreros de los demás, pero no el propio. Aquellos que adivinen el color de su sombrero cruzarán la puerta hacia la última prueba, quienes no acierten pasarán aquí la eternidad. No podréis hablar entre vosotros ni hacer señales. Sólo diréis el color que creéis que tiene vuestro sombrero. Ahora debéis esperar un momento hasta comenzar.”*

Dos de mis compañeros, llamados Ralasmus y Carolus comenzaron a decir, al mismo tiempo, que conocían un método de superar la prueba. Se quitaban la palabra uno a otro, incluso parecía que discutían, algo impropio de la gente que hemos llegado hasta aquí. Los disculpo, supongo que les pudo el ansia de seguir adelante. En resumen, y de modo organizado, esto es lo que vinieron a decir entre los dos: Quien hable primero puede salvar al resto, pero lo que le ocurra a él depende del azar, lo que ha de hacer es lo siguiente: contará cuántos sombreros blancos ve, si ve un número par de ellos, dirá “blanco”, si ve un número impar, dirá “azul”. Así los demás sabemos, parcialmente, lo que ve él. Los demás ignoraremos el sombrero de quien ha hablado primero. Si él dijo “blanco” y yo veo un número impar de “blancos” –repito, sin considerar el de quien habló primero- es que yo llevo sombrero blanco, si veo un número par de “blancos” es que yo llevo sombrero azul. Si él dijo “azul” es porque ve un número impar de blancos, si yo veo un número impar de “blancos” –sin considerar el de quien habló primero- es que yo llevo sombrero azul, si veo un número par de “blancos” es que yo llevo sombrero blanco.

De este modo cruzan todos excepto quien habla primero, que puede hacerlo con una probabilidad del cincuenta por ciento. Una vez explicado esto la discusión subió de tono a la hora de decidir quién habría de hablar el primero. Tanto Carolus como Ralasmus, de una forma que distaba mucho de la cortesía y el saber estar que se les suponía, decían, no sin razón, que puesto que ellos habían dicho cómo se resuelve la prueba, deberían quedar excluidos de ser quien la iniciara. Las otras dos personas escuchaban y callaban. Se propuso que se sorteara entre nosotros tres, pero no accedí, me ofrecí voluntario a ser yo

quien hablara primero. Justo en ese momento alguien me vendó los ojos y comenzó la prueba. Cuando me quitaron la venda vi que de mis cuatro compañeros tres llevaban sombrero azul y uno, Ralaus, lo llevaba blanco. Por tanto, según lo acordado dije “azul”, todos sabían que yo estaba viendo un número impar de blancos, Ralaus ignoró mi sombrero, como no veía blancos, supo que el suyo lo era, así lo dijo y acertó. Los demás veían –sin contar el mío– el blanco de Ralaus y dos azules, como el número de blancos era impar, supieron que el suyo era azul.

Acabada la prueba se me acercó Gabriel, me dijo que mi sombrero era blanco. Se abrió la puerta y todos mis compañeros la cruzaron, yo me quedé quieto pensando si habría sido Nuestro Señor y no el azar quien me dejaba allí. Cuando se cerró la puerta mi ángel me dijo así: *“Has demostrado tener buen corazón y, en las pruebas anteriores, una gran inteligencia. Entre los humanos hace mucha falta gente como tú, así que has de saber que te ha sido concedido volver con ellos.”*

Dicho esto puso su mano sobre mi hombro, sentí un ligero mareo, se me nubló la vista, noté un cierto calor y cuando me recompuse vi que seguía sentado en mi silla, al Sol, en el castillo de Valderrobres. El calor era intenso para aquellos días de invierno.

Esto que he contado a vuestas mercedes es lo que ocurrió, que cada uno decida si lo cree, si no, o si, como yo, piense en la enseñanza que de ello puede extraerse independientemente de su veracidad.

Contraportada

Tres problemas fáciles

1. Coloque los números del 1 al 9 en este cuadro de modo que las filas, las columnas y las dos diagonales tengan diferentes sumas.

2. Este es parecido al anterior. Coloque los números del 1 al 16 en una tabla 4×4 de manera que la diferencia entre cada número y sus vecinos (adyacentes en horizontal, vertical y diagonal) sea al menos 2. También puede intentarlo con otra diferencia.

3. Coloque 12 monedas de forma que estén dispuestas en seis líneas, cada una con cuatro monedas.

Tres problemas menos fáciles

1. Observe estas multiplicaciones:

$$21 \times 60 = 1.260$$

$$15 \times 93 = 1.395$$

e intente buscar más números de dos cifras cuyo producto conserva las cifras iniciales.

2. Considere sólo los números 1, 2 y 3 y las operaciones suma, resta, producto y potencia. No está permitido usar números como 11 ó 23, sólo 1, 2 y 3, cuantas veces quiera. Observe:

$$121 = (2^3 + 3)^2$$

con cuatro números hemos obtenido e 121, ¿puede hacerse con menos? Intente obtener 40 con la menor cantidad posible de números. Y si lo desea, puede buscar lo mismo para otros.

3. Observe la secuencia: 727, 98, 72, 14, 4. Dado un número, ¿cómo se obtiene el siguiente? La del ejemplo, que comienza en 727 acaba tras cuatro pasos. ¿Cuál es el menor número al que le ocurre esto?

Recuerde nuestras direcciones:

materranya@yahoo.es

<http://www.catedu.es/materranya>